

CYNTHIA WILA

LA

CRUELDAD



*El origen de lo humano*

PAIDÓS

CYNTHIA WILA

LA

CRUELDAD

*El origen de lo humano*

PAIDÓS

I

LA CRUELDAD  
DIVINA

*Padre: ¿por qué me has abandonado?*

JESÚS DE NAZARET

## LOS DIOSES

Para hablar de la crueldad divina debemos remontarnos a la mitología. Porque la maldad de los dioses es mitológica. Y además, porque esa maldad fue imaginada y relatada por personas a través de las distintas formas de transmitir la historia, por tradición oral o escrita. Antes de la maldad de los dioses, el ser humano. Siempre lo humano.

Los pueblos imaginaron a distintos dioses —y luego a un solo Dios— que los creó como seres imperfectos, agresivos, celosos, conspiradores, traicioneros, asesinos. Crueles.

“Serán crueles”, parece devenir un susurro desde las alturas del universo o desde el mismo centro de la Tierra, donde está el núcleo incendiado de nuestro planeta. Tal vez, el infierno tan temido.

“Serán crueles”. Casi una orden ineludible que planta su semilla desde el nacimiento y que provocará contradicciones humanas eternas en una psiquis asaltada por la desesperación. La crueldad de Jehová al condenar a Adán, a Eva y a toda su descendencia, al dolor y a la muerte. O la crueldad de Caín al matar a su propio hermano.

Desde entonces, desde siempre, hombres y mujeres están atormentados por la crueldad con la que tratan a su cuerpo y sus

emociones. Incluso por su manera de amar y de sufrir. Porque también se puede ser indulgente o cruel cuando se sufre. Con uno y con los demás.

La mayoría de las veces, las personas clavan puñales en las heridas abiertas de quienes más quieren. Y de sí mismos. Es decir: son crueles para querer y crueles para quererse. O simplemente no se quieren.

“Le escupí la cara, le dije que era una puta, igual que su mamá, y que me iba a encargar de que termine como ella”, me cuenta enfurecido el Señor M., un paciente de mediana edad que acaba de enterarse de que la esposa tiene una relación paralela hace más de dos años.

La suegra del Señor M. había sido prostituta y alcohólica. Y su marido, tras iniciar un juicio por incapacidad, la internó en un psiquiátrico y se la sacó de encima. La hija había crecido con una mamá enferma, no loca, y un papá que la dejó al cuidado de su tía una vez que logró deshacerse de su mujer.

“¿Ahora yo soy el maldito? ¿Cómo pretendés que maneje todo lo que siento?”, me pregunta el Señor M. cuando le señalo que lo que hizo —escupirla, insultarla, compararla con su madre, amenazarla con que terminaría enjuiciada e internada como ella— había sido muy cruel.

Mi paciente tiene derecho a sentirse herido, incluso a sentir furia porque la esposa lo traicionó. Pero la violencia de su reacción, las palabras humillantes al referirse a la parte más traumática de la historia de la mujer y encarnar el lugar de aquel padre amenazante con la intención de lastimarla son actos excesivos. Y crueles.

Como dice la psicoanalista Silvia Bleichmar: “Nosotros (los psicoanalistas) no podemos analizar por qué alguien sufre cuando mata un bicho, nuestro problema es saber si goza cuando lo hace”. Y el Señor M. parecía gozar con lo que hizo. Un goce que no tiene

que ver con el placer, sino con la destrucción. Un concepto que desarrollaremos más adelante.

Por otra parte, mi paciente tenía el consultorio para descargar su emoción. Toda persona que está en un tratamiento psicológico tiene un espacio donde puede *escupir* su furia. Justamente, para no hacerlo en la cara de otros. De cualquier modo, no tenerlo, tampoco es excusa para explotar.

Hay distintas formas de procesar el enojo o el dolor. Esto no significa ceder a la ley del Tali3n (ojo por ojo) ni seguir el mandato religioso que nos conmina a “poner la otra mejilla”. No. En todo caso, hacer lo posible para no herir al otro a pesar de estar heridos, para no abrir al medio las llagas m3s antiguas de los dem3s aunque ellos hayan abierto las nuestras.

Se trata de contener la crueldad de nuestro origen, que puja por salir en cualquier momento. Y esto es lo m3s dif3cil.

Si bien los textos mitol3gicos muestran de manera descarnada la maldad de los dioses, all3 tambi3n podemos reconocer las emociones humanas m3s controvertidas: la traici3n, la venganza, la ira, los celos, el desamor, la desmesura, la desconfianza, la desesperaci3n, la falta de piedad o de indulgencia.

Seg3n la mitolog3a griega, Cronos era un dios atormentado. Como no pod3a olvidar la profec3a de sus padres, Urano y Gea, que le advert3an que ser3a destronado por sus hijos, Cronos se deglut3 a los primeros tres. Cuando naci3 Zeus, su hijo m3s peque1o, la madre lo escond3 en un lugar seguro donde fue criado por tres ninfas. El ni1o creci3 y quiso vengar a sus hermanos. As3, ingres3 al servicio del padre como copero de su confianza y le convid3 un brebaje que lo hizo vomitar a los tres hijos que se hab3a devorado. Los hermanos resucitaron. Durante diez a1os los hijos lucharon para terminar con su padre hasta que lograron vencerlo. Cumplida

la venganza contra Cronos, Zeus repartió la gloria y el poder con ellos. A él le quedó el reino de los cielos, a Poseidón el mar, y a Hades el mundo subterráneo: el infierno.

Es notoria la similitud entre este relato clásico con *Tótem y tabú*, el texto que Freud escribió para hablar del surgimiento de las dos leyes que sostienen la cultura: la prohibición del incesto y el parricidio.

Según Freud, en un tiempo hubo un padre todopoderoso y déspota que lideraba su tribu. Imponía la ley y a la vez se ubicaba por fuera de ella. Decidía cómo castigar a sus hijos y cuándo disfrutar de las mujeres de la comunidad. Un padre que gozaba sin freno. Hasta que los hijos acordaron matarlo y devorar su cadáver. Todos debían participar del acto y de ese modo, todos serían responsables. Cuando lo asesinaron, prometieron que nadie volvería a matar y que se repartirían las mujeres para que cada uno pudiera disfrutar de la sexualidad. Pero con límites. Algunas estarían prohibidas. Así, nadie volvería a ocupar el lugar del padre muerto.

Freud sostiene que este acto inaugura la ley que todos debemos cumplir para vivir en la cultura. Y que con el tabú aparece el concepto de conciencia moral: la percepción interior de desestimar los impulsos (deseos prohibidos) que existen en nosotros, la parte del Superyó que juzga la relación del sujeto con el bien y el mal. Esa instancia crítica vigila lo que alguien pueda desear sabiendo que está prohibido. Frena la acción, la desestima y condena el pensamiento mismo de desearla.

Lo paradójico es que, lejos de impedir el placer, esas prohibiciones lo permiten. Es decir que la ley, en lugar de prohibir el deseo, lo habilita. Al haber algunas mujeres prohibidas, las demás están permitidas. Porque en realidad lo que se busca prohibir no es el placer, sino el goce. La locura de poder todo.

Para Jacques Lacan, la prohibición funda el deseo.

Más adelante hablaremos de esto al desarrollar el concepto de Superyó.

Volviendo al mito griego, en el museo del Prado de Madrid se exhibe una de las pinturas negras de Goya que muestra cómo el dios Cronos (Saturno para los romanos), padre de Zeus (Júpiter), se devora a su hijo por temor a que lo destrone. En el cuadro pueden verse los ojos desorbitados de un padre que abre la boca para tragarse la cabeza de su hijo. Es decir: se ve —y se siente— el horror.

Con su pincel, Goya le puso imagen a una de las tantas escenas mitológicas crueles. Escenas donde encontramos todo tipo de espantos: hijos que se vengan de sus padres, padres que se los engullen, hermanos que se descuartizan y conjuros maliciosos que castigan a otros en nombre del amor, los celos o la revancha.

Pero Zeus no se contentó con destronar a su padre y ocupar su lugar. Al igual que Cronos, también él dio rienda suelta a su crueldad.

Aquí, una de las condenas divinas:

Tántalo era amigo íntimo del dios Zeus, que solía invitarlo a los banquetes olímpicos. Cierta día, Tántalo delató sus secretos y le robó alimentos divinos para compartirlos con sus amigos. Pero como eran insuficientes para sus invitados olímpicos, hizo algo peor: cortó en pedazos a Pélope, su propio hijo —para algunos considerado un bastardo—, lo cocinó y lo agregó al banquete que organizó en el monte Sípilo. Los dioses reconocieron de inmediato lo que les había servido y se retiraron del lugar horrorizados. Tántalo fue castigado con la ruina de su reino. Y tras su muerte a manos de Zeus, se lo castigó con el tormento eterno. Debía estar suspendido de la rama de un árbol frutal que se inclinaba sobre un lago pantanoso y pasar eternamente consumido por el hambre y la sed. Si bien las olas del lago le tocaban la cintura y

a veces llegaban hasta su boca, cada vez que Tántalo se inclinaba para beber, el agua retrocedía y quedaba el fango. Si alguna vez lograba sacar un poco de agua con sus manos, se le escurría entre los dedos y solo conseguía mojarse los labios, lo que le provocaba aún más sed. El árbol estaba siempre lleno de higos, peras y frutos relucientes, pero cada vez que Tántalo intentaba tomar una fruta, una ráfaga de viento la dejaba fuera de su alcance. Además, una piedra enorme que sobresalía por encima del árbol, amenazaba con aplastarle el cráneo de manera permanente.

Luego de propiciar a Tántalo un castigo sin fin, Zeus hizo revivir a Pélope.

¿Acaso ese castigo divino no se asemeja a la crucifixión que utilizaban los romanos o sus antecesores griegos, macedonios, asirios y persas, para la condena a muerte? La incitación de las olas a calmar la sed de Tántalo para dejarlo más sediento todavía, ¿no es similar a la que provocó el oficial romano con su trapo empapado en vinagre sobre la boca de Jesús? Los frutos relucientes del árbol a los que Tántalo quiere acceder y no puede aunque esté hambriento, ¿no son como los platos llenos de comida que sirven en esos restaurantes de la calle Corrientes y que el chico que pide una limosna bajo la lluvia ve pasar a través de los ventanales mientras siente que el hambre le parte el cuerpo?

¿Cuál es la diferencia?

Lo que sucede en los mitos sucede en la vida. Y si miramos al costado, podremos ver réplicas de las atrocidades míticas en cualquier parte.

Hay muchos ejemplos de madres/padres que desprecian a sus hijos por distintos motivos, tanto en los cuentos de la mitología como en la realidad que nos circunda. Una madre que rechaza a su hijo es una madre cruel.

Cuenta Robert Graves que Hefesto, el hijo de Hera, era feo, malhumorado y sufría una discapacidad física. Al nacer, su madre

lo dejó caer desde el Olimpo para librarse de su vergüenza. Hefesto se precipitó al mar. Dos diosas lo rescataron y lo cuidaron en una gruta subterránea. El niño instaló allí su primera herrería y premió a sus salvadoras con objetos ornamentales. Luego de nueve años, Hera se encontró con Tetis (una de las diosas que lo había rescatado) y le preguntó de dónde había sacado un broche hermoso que llevaba puesto. La diosa vaciló, pero enseguida le dijo la verdad. De inmediato, Hera fue en busca de su hijo, lo hizo regresar al Olimpo, le instaló una herrería mucho más grande y arregló para que se casara con Afrodita. Hefesto se reconcilió con su madre y le reprochó a Zeus por haberla colgado de las muñecas desde el firmamento cuando ella se rebeló contra él. Zeus, furioso, lo tiró de nuevo del Olimpo. Cuando Hefesto dio contra la tierra, en la isla de Lemnos se rompió las piernas. Tiempo después fue perdonado y regresó al Olimpo. Pero ya solo podía caminar con la ayuda de unos soportes de oro.

En este mito encontramos varios hechos perturbadores: por un lado el desprecio de una madre por un hijo imperfecto a los ojos de la hermosura olímpica; por otro, la recompensa que la misma madre otorga cuando descubre una cualidad del hijo que también tiene que ver con la belleza. El hijo devenido en artesano confecciona joyas hermosas y de esa forma obtiene la aprobación para volver con ella al hogar. A su vez, Zeus se enoja con él por haberlo enfrentado, por eso lo destierra hasta quebrarle las piernas.

Los desprecios o enojos de las madres y los padres siempre dejarán marcas. A veces, esas señales nos sirven de guía para elegir –y vivir– mejor. Pero otras, se convierten en golpes letales para nuestra psiquis y nuestro cuerpo. Puntapiés que nos definirán un camino de vacilación permanente, donde deberemos encontrar algunos bastones –como Hefesto– para seguir de pie.

Por su parte, la belleza de los hijos a la que aspira la diosa Hera no es más que una de las aspiraciones –¿cruelles?– sobre la cual se define la humanidad. Y de esto, hablaremos más adelante.

Si los dioses fueron capaces de tanta atrocidad: ¿cómo no sería capaz el ser humano, que está *hecho a su imagen y semejanza*?

Los dioses mitológicos han sido crueles.

El Dios judeocristiano, también.

## MUEREN LOS DIOSES. NACE DIOS

Durante la época clásica de Occidente, los griegos y los romanos adoraban a múltiples dioses y diosas que personificaban distintos aspectos de la vida y la naturaleza. Platón y Aristóteles comenzaron a desarrollar conceptos de una divinidad única y suprema, aunque esto no reemplazó el panteón olímpico de la religión popular.

La llegada del monoteísmo no se dio a partir de un evento único; fue un proceso gradual que se desarrolló a lo largo de varios siglos, influenciado por sucesos históricos, líderes religiosos, hechos culturales y conveniencias políticas. Este cambio marcó no solo la religión y la cultura judías, sino también la evolución de las religiones posteriores, como el cristianismo y el islam.

Las tribus israelitas originales, al igual que sus vecinos cananeos, eran politeístas y adoraban a múltiples dioses: Baal, El y Asherah, entre otros. Yahvé era uno de ellos y posiblemente comenzó como un dios de tormentas o un dios tribal de los israelitas. Con el tiempo, las tribus de Israel empezaron a centrarse en Yahvé como su dios principal, aunque todavía reconocían a otros. Este período es conocido como henoteísmo, donde se adoraba a un dios sin negar la existencia de los demás.

Durante el Éxodo, cuando Moisés lideraba a su pueblo fuera de Egipto, los israelitas hicieron un pacto con Yahvé en el Monte

Sinaí, comprometiéndose a adorarlo solo a Él. Los Diez Mandamientos reforzaron este compromiso. Profetas como Isaías, Jeremías y Ezequiel jugaron un papel clave. Ellos predicaban que Yahvé era no solo el Dios de Israel, sino el único Dios de todo el universo, e introdujeron un componente ético de justicia, misericordia y rectitud moral.

La destrucción del Primer Templo de Jerusalén en el año 587-586 a.C. y el exilio babilónico fueron eventos cruciales que consolidaron el monoteísmo. Lejos de su tierra y de su templo, los israelitas se aferraron a la idea de un único Dios omnipresente. Tras el regreso del exilio se implementaron reformas religiosas que reforzaron la adoración exclusiva de Yahvé.

El cristianismo surgió como herencia del judaísmo y, por ende, también heredó su monoteísmo. Aunque los cristianos creen en un solo Dios, este es entendido como una Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo), lo que añadió una característica particular al monoteísmo cristiano.

Antes del islam, la Península Arábiga tenía una diversidad de prácticas religiosas, muchas de las cuales eran politeístas. Mahoma predicó el monoteísmo estricto, enfatizando la adoración de un solo Dios, Alá.

La transición desde el politeísmo indoiranio comenzó con Zoroastro (o Zaratustra), que reformó la antigua religión iraní, que era politeísta, promoviendo la adoración de un solo dios, Ahura Mazda, mientras que otros espíritus (dioses menores) se convirtieron en deidades benévolas o demonios (druj). Aunque el zoroastrismo es monoteísta, también incorpora elementos dualistas con la lucha entre el bien (Ahura Mazda) y el mal (Angra Mainyu).

El hinduismo es ampliamente conocido por la adoración a varios dioses, pero también tiene un concepto monoteísta en la forma de Brahma, la realidad suprema e impersonal que subyace a todas las deidades y el universo. Los otros miembros de la tríada hinduista

(Vishnú y Shiva) solo son máscaras de Brahma. Vishnú es el de las “vicisitudes” (de ahí viene la palabra), que hace que nosotros vivamos lo que creemos que son nuestros deseos, sufrimientos, nuestra propia vida, mientras Brahma duerme y nos sueña. Shiva, en cambio, es el destructor. El que destroza el mundo. Cuando termina su tiempo (porque se van alternando) se retira y al darse vuelta puede verse en su espalda el rostro de Brahma, que despierta de su sueño para comenzar un nuevo período. La crueldad queda del lado de Shiva. Aunque también es Brahma.

En su texto *Moisés y la religión monoteísta*, Freud analiza el pasaje del politeísmo a un Dios universal y relaciona la vida anímica de los pueblos con la psiquis de los individuos.

Dice: “La solución de los creyentes contiene la verdad, pero no la verdad material sino la verdad histórico-vivencial [...]. No creemos que hoy exista un único gran dios, sino que en tiempos primordiales hubo una única persona que entonces debió de aparecer hipergrande, y que luego ha retornado en el recuerdo de los seres humanos enaltecida a la condición divina [...]. Cuando Moisés aportó al pueblo la idea del dios único, ella no era nada nuevo, sino que significaba la reanimación de una vivencia de las épocas primordiales de la familia humana, desaparecida desde largo tiempo de la memoria consciente de los hombres [...]. Por los psicoanálisis de personas individuales hemos averiguado que sus tempranísimas impresiones, recibidas en una época en que el niño era apenas capaz de lenguaje, exteriorizan en algún momento efectos de carácter compulsivo sin que se tenga de ellas un recuerdo consciente [...]. Nos consideramos con derecho a suponer lo mismo respecto de las tempranísimas vivencias de la humanidad entera. Uno de esos efectos sería el afloramiento de la idea de un único gran dios [...] un recuerdo, sin duda que desfigurado [...]. Una idea así tiene carácter

compulsivo, es forzoso que halle creencia. Hasta donde alcanza su desfiguración, es lícito llamarla delirio; y en la medida en que trae el retorno de lo pasado es preciso llamarla verdad”.

En el mismo texto, Freud sostiene: “Lo que los niños han vivenciado a la edad de dos años, sin entenderlo entonces, pueden no recordarlo nunca, salvo en sueños; solo mediante un tratamiento psicoanalítico puede volvérselos consabido. Pero en algún momento posterior irrumpe en su vida con impulsos obsesivos, dirige sus acciones, les impone simpatías y antipatías, y con harta frecuencia decide sobre su elección amorosa [...]. Debido a la vivencia se eleva una demanda pulsional (energía) que pide satisfacción [...]. El yo se defiende del peligro mediante el proceso de la represión. La moción (exigencia) pulsional es inhibida de algún modo, y es olvidada la ocasión [...]. Sin embargo, el proceso no concluye con esto; o la pulsión ha conservado su intensidad, o rehace sus fuerzas, o es despertada por una nueva ocasión. Renueva entonces su demanda, y como aquello que podemos llamar la cicatriz de represión le mantiene cerrado el camino hacia la satisfacción normal, se facilita en alguna parte, por un lugar débil, otro camino hacia una satisfacción llamada “sustitutiva”, que ahora sale a la luz como un síntoma [...]. Todos los fenómenos de la formación de síntoma pueden describirse con buen derecho como un ‘retorno de lo reprimido’”.

En otras palabras, Freud señala que las vivencias de los primeros años, aunque sean olvidadas, resultan fundamentales para la vida adulta. De allí, surgirá nuestra forma de amar, nuestra manera de sufrir y muchos de los síntomas a los que no les encontramos razón.

¿Por qué no puedo dejar de hacer algo que sé que me hace daño? ¿Siempre voy a elegir relaciones que me lastiman? ¿Por qué no puedo disfrutar de mis logros? Y tantos interrogantes que encuentran su origen en una experiencia antigua que no recordamos.

Luego, Freud remarca la existencia de una energía psíquica, pulsional, que nos recorre y exige una respuesta que la calme. Y se definen los síntomas como el modo equivocado en el que cada persona intenta satisfacer la demanda de esa energía.

Todos los días en el consultorio escucho los síntomas de mis pacientes, que de un modo claro manifiestan, por ejemplo, su deseo de no parecerse a sus padres o madres. “Vengo porque no quiero ser igual a mi mamá”, fue la frase de una joven en nuestra primera entrevista. Y, sin advertirlo, sus acciones generaban lo opuesto.

En cualquier caso, muchas personas intentan escapar de esas identificaciones primarias, pero en sus actos y en sus síntomas percibo las voces de esos padres y madres que los marcaron en la infancia.

Es decir que, tal como las vivencias infantiles olvidadas producen manifestaciones en los adultos, Freud deduce que las vivencias tempranas de toda la humanidad influyen en las creencias de los seres humanos de hoy.

Así, supone la existencia originaria de un gran hombre –un cacique, un guerrero o el chamán de una tribu–, considerado un padre todopoderoso que, con el tiempo, las generaciones venideras elevaron a la categoría de Dios único.

Siendo entonces que el origen de ese Dios no fue más que un ser humano, no extraña que esa deidad haya heredado sus características y, por ende, esté llena de actos inexplicables y crueles.

Es decir: un Dios creado a imagen y semejanza del hombre. No al revés.

Para seguir, nos centraremos en la religión judeocristiana.

## DIOS. EL ÚNICO. LA VENGANZA

Llueve.

Desde que soy una niña la lluvia me trae algo de nostalgia. Nostalgia por los que se fueron pronto de mi mesa, como mi abuela Sara, que me dejó cuando apenas cumplía quince. Aunque algunas cosas se fueron antes, mucho antes. A los diez años, por ejemplo, perdí un mundo en un pueblo de ojos buenos. Y también perdí un hogar donde crecían hortensias. Nunca más vi las hortensias ni las estrellas en noches frías. Para mí, las estrellas también se murieron pronto.

La lluvia siempre me trae recuerdos infantiles. Tal vez por eso, cuando llueve fuerte como hoy, suelo deambular por la biblioteca buscando algo nuevo para distraerme. Hay algunos libros que están en los estantes desde hace tiempo y que no suelo ver, como si fueran parte del decorado. En este caso, me topé con *Los mitos hebreos*, de Robert Graves y Raphael Patai. Azar, destino o alguna intención inconsciente me habrá guiado hasta ahí. Porque en medio de esta lluvia yo quería escribir sobre el diluvio universal.

Según cuenta Graves, cuando nació Noé, hecho que coincidió con la muerte de Adán, el mundo mejoró. Hasta entonces, la mitad de las cosechas de trigo eran de espinos y abrojos, pero Dios levantó su maldición. Noé le enseñó a los hombres a hacer arados, hoces, hachas y otras herramientas para sustituir las manos. Y fue el único varón justo de toda su generación. Los demás estaban sumidos en el pecado. Y por culpa de ellos la Tierra “se hallaba llena de violencia”.

Dios le adelantó a Noé que desataría una venganza y que había decidido destruir a todas las criaturas, excepto a las que obedecieran Su voluntad. Noé difundió la noticia y se dedicó a predicar el arrepentimiento. Aunque sus palabras quemaban como antorchas, la gente se burlaba de él.

Entonces Dios le ordenó que hiciera un arca de madera para llevarse a su familia y a un macho y una hembra de cada especie animal. Así, pasó cincuenta y dos años construyendo el arca lentamente, con la esperanza de demorar la revancha divina. Pero Dios no cambió de opinión.

Párrafo interesante que deja la crueldad del lado de Dios y la bondad del lado de Noé. En este episodio el hombre muestra su diferencia. Ya no está hecho a imagen y semejanza del Creador. Se distingue por su ambivalencia, esa contradicción en la que a veces también se juega la bondad. Aunque, como veremos, no pueda dejar de ser cruel.

El Diluvio comenzó el decimoséptimo día del segundo mes, cuando Noé tenía seiscientos años. Él y su prole entraron en el arca y Dios mismo cerró la puerta tras ellos. De inmediato, las aguas cubrieron todo y arrasaron con la vida en la tierra.

Cuando pasaron 150 días –según algunos autores fueron cuarenta–, Dios clausuró las compuertas del Cielo con dos estrellas tomadas de la Osa Mayor. Y el día 27 del segundo mes, la Tierra ya estaba seca.

Todos estamos enterados de estos hechos bíblicos. Y vemos en Noé a un hombre sacrificado que salvó muchas especies y pugnó por la preservación de lo animal y de lo humano. Pero si recorremos las Escrituras, encontramos destellos de violencia, misoginia, discriminación, arbitrariedad y venganza. De crueldad. Con y sin sangre.

Esto que parece tan lejano o tan ficticio, un mito bíblico que acompaña la historia de la humanidad, también ocurre en nuestros días, en la vida de cada uno de nosotros. Muchas veces, sin que nos demos cuenta.

El Señor P. me llama desesperado. Hace un año dejó de venir a sesión. Hoy, me pide un horario urgente. Acepto verlo al otro día.

“Mi esposa me pidió que me fuera de casa”, dice apenas se sienta. Y se pone a llorar. Luego de unos minutos, continúa: “Me quedé helado. No supe qué decir”. Le pregunto qué paso y responde que no tiene idea, que no se lo esperaba, que de un día para el otro la mujer vino con ese planteo y él no sabe adónde ir. “Tengo que dejar mi casa, mis hijos, los asados de los domingos con la familia, todo por lo que luché desde hace años. ¡Entendés que solo puedo agarrar un bolso y ni siquiera sé qué llevarme!”

Claro que lo entiendo. Mi paciente habla de sus pérdidas. Está angustiado. Cree que ya no tiene rumbo y piensa que nada queda por delante.

Cierto es que hay cosas que no podemos llevar. Yo no pude llevarme las hortensias ni las estrellas de aquel pueblo, pero me traje los ojos buenos de su gente y una forma de mirar que me acompaña hasta hoy. Y que agradezco. Cosas que uno se da cuenta con los años.

Intervengo para que el Señor P. pueda ver su realidad de otro modo. Y le digo: “En este momento te sentís solo en medio de un diluvio. Tu mundo se desmorona. Lo que amás está amenazado y tenés miedo de perder todo. Pero estás confundido. El hecho de que pierdas algo trascendente, como tu casa o tu esposa, no significa que debas perderlo todo. Hay otras cosas importantes que no tenés por qué perder. Ni dejar ir. No solo vas a llevarte lo que quepa en ese bolso, además está el amor de tus hijos, el cariño de tus amigos y futuros asados con tu familia en un hogar distinto. Un hogar que ahora tenés el desafío de construir”.

El marcapasos del destino se llama destrucción. Todos hemos perdido un mundo en algún momento. La ingenuidad de la niñez, la potencia de la juventud, relaciones importantes, buenos trabajos u hogares donde fuimos felices han quedado lejos. Incluso las

ilusiones se desvanecen a cada rato, porque *el porvenir de una ilusión es la desilusión*. Y, al igual que Noé, debimos enfrentar la tarea de subir a nuestra arca las cosas, las personas o los sueños que de alguna manera quisimos conservar. Y armar una balsa para seguir. Es decir, construimos sobre el barro del pasado para enfrentar el dolor de esas pérdidas.

El problema es que muchos suben a su barca formas de ser en el mundo que deberían haber dejado atrás: desconfianza, actitudes vengativas, críticas constantes a los otros, maltratos, soberbia, cobardía o desvergüenzas.

Tal vez, el reto más audaz de la vida sea evitar perder todo, en especial en esos momentos en que creemos haber perdido todo. Y construir las bases de algo distinto para desechar eso que nos hizo arruinar aquel mundo que hoy extrañamos. Y que tiene que ver con algo de nosotros. Responsabilizarnos.

Un reto que no siempre tenemos el valor de asumir.